

2- 714086
E861 M882

LUIS A. MOSCOSO VEGA

ERITEIA

Quenca = Ecuador

1942

Tip. EL MERCURIO.

Impreso en los
Talleres de la
Editorial AUSTRAL

1537 vfa

980 fol

LUIS A. MOSCOSO VEGA

*S. Humberto M. de
Junio 6 1942*

ERITEIA

CUENCA—ECUADOR.

1.942

Talleres Gráficos "EL MERCURIO".

*Xilgrabados de
Antonino Alvarado*

Sr. Dn.

Luis A. Moscoso Vega.

Ciudad.

Dilecto Amigo:

En mis manos los originales de *ERITEIA*, poemas en prosa dedicados a enaltecer las distintas profesiones, encarnándolas en los obreros que cumplen la tarea cotidiana de volver más llevadera la vida de los prójimos a quienes satisfacen las necesidades económicas y, aun, otras de elevado rango.

ERITEIA me sugiere algunas consideraciones acerca del nombre de la colección que tú has venido formando con tanto amor para destinarla a los trabajadores de nuestra región tan rica de artistas manuales.

El sentido íntimo del vocablo griego *EPIΘEIA* significa servicio, trabajo y hasta jornal. Entiendo que lo habrás tomado en la primera de las acepciones. En la de la modesta y continuada tarea que los ministerios antes llamados serviles han venido desempeñando en el camino de los hombres sobre la Tierra. El trabajo antes que otra cosa es servicio dedicado con la conciencia a llenar los vacíos que en su contorno crea la Vida. Y, por mi parte comprendo el servicio del trabajo en este noble sentido de hacer llevadera y fácil la existencia. La nobleza de tu empeño queda manifiesta por las dimensiones morales de la labor de los destinatarios de tu nuevo libro.

El trabajo, ante todo, es moralidad. O símbolo de moralidad, porque dice un idioma preciso de fines. Si meditáramos por un momento en la condición de Robinsones que hubiera deparado el destino a los humanos huérfanos de los frutos del trabajo, nos viéramos en la imposibilidad de consolarnos, así fuera

con el grandioso pensamiento de un mundo lleno de las maravillas del maquinismo. Caigo en lo contradictorio, pero me excuso con la idea de que sin la noción del trabajo, la noción ideal de las máquinas como supongo, estaría por demás.

ERITEIA, sin duda deriva de ERITHAKE (EPI-ΘAKH) que significa alimento de abejas, materia prima para formar los panales. El trabajo es alimento espiritual de los afanes dedicados, por amor, a la vida que nos oprime. Es el dulce manjar que cumple con la bendita maldición de comer el pan con el sudor de la frente.

El sentido del idioma original prosigue: ERGON (EPTON) trabajo o fruto, mantiene el mismo significado de volver amable lo árduo del esfuerzo, de compensar con frutos las esperanzas y desconsuelos.

La miel de ERITEIA, a más de fruto de tu temperamento y del respeto que se merece el trabajo, será gota de miel sobre el calor con que realizan la misión salvadora de los prójimos, todos aquellos nobles artesanos del progreso regional que, antes como ahora, al mismo tiempo que cubrían de suavidades la vida, llenan de prestigio a nuestra urbe retirada y silenciosa entre los pliegues de su veste de tranquilidad e inspiración.

Todos cuantos saben del esfuerzo, conocen la dulzura del fruto. De tu huerto arrancas los frutos con los que ahora regalas a los esforzados de la Patria.

En ombre de cuantos trabajamos, te tributo las más rendidas gracias.

G. CEVALLOS G.

Cuenca, mayo de 1942.



Alfarero

Cántaro rojo de arcilla morena.

Cántaro fresco de lágrima andina.

Cántaro triste de raza dolida.

De boca muy ancha cual pecho cacique.

De oscuro corazón y de espíritu callado.

De forma sencilla.

De voluptuosidad intensa como una anacaona brotada del suelo.

Cántaros y jícaras y vasos y tiestos: en el patio soleado del alfarero sois como orquídeas que besan América.

Cual corazones inertes de miedo.

Cual labios que se abren y piden callando.

Cántaro rojo de greda morena.

Cántaro rojo, muy rojo, muy rojo, cual gotas de sangre que guarda la Historia.

Cual huella asesina de lucha remota.

*Cual boca que besa en silencio la tierra.
Tan rojo, tan rojo, como esferas de pena rodando en
el valle.*

Cual llanto redondo de razas que fueron.

El Agua: Quiero encerrarme en cántaros de barro.

El Alfarero: En mis manos te espera un poema de frío.

El Agua: Es mi ilusión.

*El Alfarero: Te recibirá la tierra, esta tierra mía que
no te beberá*

*El Agua: Quiero existir en la noche de tus pétalos
dulces*

El Alfarero: En tí piensa mi obra.

*El Agua: Mi pureza descansa en el fruto de tus ma-
nos.*

*Ora, reza y se santifica el alfarero pensando en cómo
de la tierra batida surgirá una vasija tan fina, tan
pura.*

*Habla la jícara, habla el cántaro con voces redondas
por su boca redonda.*

*Dicen su agradecimiento: fueron tierra pisoteada, fue-
ron suelo humilde, fueron despojos de hombres y bestias.*

Hoy son corolas de rubia hermosura.

Son esferas que encierran plegarias muy frescas.

Que guardan oraciones de ríos.

Caricias de viento.

Señales de manos que alían el barro.

Abrazos de niebla y refugios de noche.

Para el caminante incendiado de soles.

Para el peregrino enamorado del agua.

Para el insaciable enloquecido de sed.

*Para cuantos quieran mojar sus labios en esos labios
puros y fríos del cántaro rojo.*

Es la madre tierra disfrazada de pétalos dulces.

Es la madre tierra que adelanta sus besos.

Es la tierra de América que antela el abrazo.

*Es el alfarero que imita el Génesis Bíblico transfor-
mando la tierra.*

Cántaro rojo de arcilla morena.

De abrazo tan propio cual de Virgen del Sol.



Herrero

*Canta la fragua la acción del fuego. El golpe isócrono
del martillo en el hierro caldeado es una enseñanza de
disciplina y de triunfo: din, din, din, din.*

*Escorzo de músculos tensos, duros, brillantes de sudor,
revienta en curvas y en fuerza. Leyes físicas de resis-
tencia se advierten en el arco de la espalda potente. El
compás del Supremo Artista jugó combinaciones en los
biceps, el pecho, los muslos.*

*Saltan rubíes que se engarzan en la aureola de luz
que circunda la figura del atleta. Luchan el rojo y el
negro en la grisalla rembranesca; el triunfo del claros-
curo en el taller sombrío, es una lección de firmeza y
de carácter.*

*El herrero es al mismo tiempo su propio símbolo: es
el trabajo que toma carne y es la carne que se torna*

emblema.

El hierro alimentó los músculos.

El acero vitalizó los nervios

El fuego empreteció la carne.

La luz, brotada al golpe, tiñó de rojo la piel.

El bronce regaló su color al obrero—fuerza.

Las lenguas del fogón pronunciaron vibraciones en los ojos.

Lo ardiente legó a las pupilas movilidad y brillo.

Músculos, bronce y luz.

Sombras se agitan y desaparecen a las incursiones de las llamas.

Torsos de atletas multiplicados en la sombra.

Sombras y luz: verdad y ficción. Gigantes que se cruzan; gigantes de sombra que parte de los hombros del herrero para estrellarse en las paredes en penumbra.

Linterna mágica, la herrería.

Actor que insinúa lucha de titanes, el herrero.

Palabras que se escriben con golpes y destellos

Signos cabalísticos que se quejan entre las tenazas.

Retorcimientos del metal que adquiere nueva forma. ¡La vuelta, la llegada, la llegada a la nueva vida!

Purifícase el hierro al blanco; mas, se contagia de aire, ceniza y sudor y viste otra vez el luto de su delincuencia: de la de ser hierro. Nada más.

Din, din, din, din, din...Dindán, dindán, dindán, dindán.

El cuerpo del herrero es caja de música: din, din; dindán, dindán.

El cuerpo del herrero es el poema escultórico a la fuerza.

Música, verso y escultura.

Din . . . din . . . din . . . din . . . din . . . dan.



Leñador

Ejército sin orden de atacar ni siquiera defenderse, los árboles. Va el leñador, el hacha al brazo: la muerte corriendo el filo acerado.

Las víctimas, serenas, generosas. Demasiado generosas las ramas y las hojas. Defienden al asesino de la quemadura del sol; le acarician con su fronda húmeda y fría; le abrazan, dicen sus silencios, sus secretos. Escarmanan el vendaval para aspergiarlo con suavidades en el cuerpo ardiente del hachador.

El hacha: Árbol amigo, mis incisivos se hundirán en tu carne fragante y voluptuosa.

El árbol: No me quejaré.

El hacha: Te destrozaré.

El árbol: Saltará mi cuerpo en astillas y, no obstante, cantaré a la Naturaleza.

El hacha: El son de mis golpes acallará tu canción.
El árbol: Tus sones de muerte.
El hacha: Para tí... Mi canto será el de la victoria.
El árbol. Victoria llamas el placer de destruir.. Mi voz, en cambio, será de esperanza. Cuando mi cuerpo se vuelva ceniza después de cocer alimentos. o de abrigar a los hombres, o de servir de techo al peregrino, o de ofrecer comodidad al hombre, tornará a la tierra para fecundarla, para florecer en nuevas frondas, en nuevos boscajes.
El hacha: Quebrantaré tu orgullo.
El árbol: No temo la muerte: ella es medio de superación, de transformación. Tú, acero traidor, recibiste de mí tu cambio; tu vida será eternamente repetida. Yo paso gozando en la flor, en el fruto, en la semilla, en el tronco.
El hacha: Yo doy el triunfo en las batallas.
El árbol: Por mí han comido los batallones.
El hacha. Del cinto de los héroes he paseado mi gentileza.
El árbol: Yo he sido tabernáculo: morada de Cristo.

El brazo del leñador, vigoroso y henchido, comienza su tarea y sus músculos semejan la estructura de los árboles.

Arboles, árboles, árboles, árboles: soy el acero invencible. Arbol, hacha y leñador, triángulo del destino. De sí surge la vida; de sí brota la muerte.

Arboles, árboles, árboles, árboles: himno de grandeza que no aprende todavía el leñador

El leñador comparte su existencia entre las copas elevadas, nidos de azul y de cielo. Y entre las ramas quejumbrosas, cuencas de soledad y de infinito.

El hachador es otro árbol: su cuerpo se ha fortificado de savia. Ramas, sus brazos; fronda, su cabellera al viento.

Es un árbol diferente porque plantará sus raíces después que él mismo haya cercenado su cuerpo.
El hachador: Arbol, cortaré tu cuello.
El Arbol: Yo te imitaré.
El hachador: Olvidaré tus asperezas.
El Arbol: No podrás: una cruz de mi cuerpo velará tu sueño. Viviremos eternamente junto !



Tipógrafo

Una cascada blanca pinta el vértigo del papel en las crujientes rotativas. El pensamiento encuentra forma física en el lingote mágico. Y el cajista hurga su mano reumática y contraída en el cuartel frío del tipo que se empolva en el olvido.

El alma negra de la tinta, que tantas veces oscureciera las manos del tipógrafo, ahonda la línea de la vida con el carbón de la tragedia. El alma negra de la tinta se posa en los ojos hundidos donde el virus hinche velas para un viaje prematuro. El alma negra de la tinta asoma a las pupilas brillantes; ¡ay! el alma negra de la tinta, el alma negra, el alma negra de la tinta bate su tiniebla.

El alma negra de la tinta deja huellas en la inocencia del papel.

Comulgan las rotativas la albura de las resmas para luego pecar contra lo níveo.

Besan las planchas la pureza.

El pensamiento queda en caracteres de luto, esperando perennidad de siglos.

El idioma enfila escuadras para una batalla de progreso.

Entre las orlas se filtran monedas de comercio; en los anuncios danza caprichos la finanza.

La diatriba se bautiza en la pila del anonimato y negocia su falsía.

Aparece el pecado; asoma el pecado mortal contra el lenguaje.

A la madrugada se venden las manzanas paradisiacas con la tentación de lo nuevo; con la convicción que dejó la elocuencia de la sierpe anunciadora.

Pero las manos del cajista son inocentes y el himno del componedor lanza al mundo su grito, su grito de triunfo al arte que ornamenta la palabra

Son inocentes sus manos; sus dedos son ruedas impulsadas:

....Rueda loca que impulsa el movimiento de ese río sonoro y misterioso llamado pensamiento...

Dedos que sufren, que palpan «el dolor de pensar».

....Indeleble dolor puesto en la brida del corcel que cabalgan las ideas...

Amanece. El alba cae en pétalos rosas sobre el lecho del mundo. Y el alma negra de la tinta ahuyéntase ante la luz que cuaja los colores. El alma negra espera la noche para encarnarse en la virginidad de los pliegues inmaculados.

Y el tipógrafo, enfermo de plomo, de sombras y de negro, duerme la paradoja del sueño blanco de la tisis.



Zapatero

Sendas, sendas, sendas, sendas. Sobre el barro, entre el fango, por el agua, en las piedras del sendero En las alfombras muelles, en los salones esplendorosos, en las escaleras de mármol cubiertas de finos tapices.

Sobre la obra del zapatero se adelantan todos los pasos hacia las actividades humanas.

Sendas inmensas, sendas largas, sin final, sin llegada. Obra del presente: evolución de la sandalia que ornamentaba pies blancos, morenos, perfectos. Obra de ayer, de hoy y de mañana: obra que camina, obra que desaparece a medida que recorre.

Los zapatos: Poseeremos por toda la vida los pies de ios hombres

El suelo: ¡Verdugos!

Los zapatos: ¿Por qué?

El suelo: Me abofeteáis.

Los zapatos: No nosotros.

El suelo: ¡Vosotros! Me priváis de que las plantas suaves y blancas me besen a su paso.

Los zapatos: No nosotros.

El suelo: ¡Vosotros!

Siguen los pasos El martillo del obrero encuentra su segundo sobre la suela que camina Pasos, pasos, pasos. Se pierden las huellas, se multiplican los caminos, saltan los guijarros para morder al viandante y

Los zapatos: Defenderemos eternamente la delicadeza de los pies.

El suelo: ¡Envidia! Dejad que los guijos se bañen en sangre: dejad, que es vida de ellos. Mueren de sed: el sol incinera sus aristas y la lluvia no viene.

Los zapatos: Cumplimos un deber: es la obra del zapatero: es el servicio a la humanidad.

Siguen los pasos: sobre el barro, entre el fango, por el agua, en las piedras del sendero. En las alfombras, en las escaleras...Las rutas se dilatan sobre el césped húmedo y acariciador y

El suelo: No marchitéis nuestra lozanta. Quiero quitar la fatiga de los pies cansados. Mi frescura devolverá su vigor para continuar la marcha.

Los pies: Bien quisiéramos; pero, el vértigo del tiempo se opone al placer.

Siguen los pasos. Sobre el barro, entre el fango, por el agua, en las piedras del sendero Las sendas continúan abriéndose por infinitos horizontes. Vuelven los guijos, la tierra árida. En cada paso ha desaparecido la vida de los zapatos y el viaje no concluye.

El suelo: Cuando os abandonen los pies, yo os tragaré, ávido, inmisericorde. Entonces no os moveréis manchando mi haz.

Los zapatos: El destino es el movimiento Entonces será la venganza; mas, habremos cumplido la misión.

Siguen las sendas, continúan los caminos, se expande la tierra, se dilatan las rutas, crece el suelo dando a luz derroteros. Pasos y pasos. La humanidad sobre el trabajo del obrero, de este obrero cuya obra no se detiene hasta morir.



Arriero

Cada momento nacen nuevos caminos. Nunca, jamás terminarán las jornadas.

Diagnóstico: dromomanía.

El arriero nació de un amor entre el sol, la lluvia, la altura. Astrónomo, filósofo y políglota.

Astrónomo: sabe cuanto tardan las estrellas en cambiar sus domicilios del éter.

Filósofo: piensa cómo es de dolorosa la estabilidad de las cordilleras.

Políglota: comprende el incipiente idioma de las cosas y los animales.

Valles, oteros, llanuras, pueblos y senderos. Van y vienen los gestos de la tierra. Van y vienen: la visión del arriero no capta el detalle: no alcanzan las horas sino para el paisaje de conjunto.

Otra vez la ciudad, otra vez el río, otra vez la colina: siempre el adiós. Agrdulce de despedidas y llegadas. Otra vez el día; de nuevo la noche. La noche, la noche que borra todos los horizontes. ¡Oh cómo se ansía la luz de la luna!

Luna y estrellas. Luna compañera. Noches de luna esperadas. ¿Cuándo saldrá la luna? ¿Cuándo, cuándo el beso redondo y blanco? La amada espera más tranquila cuando platean noches de luna. Beso redondo y blanco el del amor que no termina...

Otra vez el día; de nuevo la noche.

Cada día la aventura de avanzar.

Cada mañana el problema de los pasos.

Cada noche el divorcio con el sueño.

Toda la vida la carga de la erranza.

Lo que hoy es término y final, mañana será ambición de viaje. Lo que en las tardes es reposo, será en las madrugadas bien efímero. Lo que en el presente es realidad, será en el futuro recuerdo de un minuto. Alfa y omega persiguiendo el pensamiento al rededor de la tierra.

Viajar es conquistar. Mas, recorrer toda la vida las mismas sendas, es desintegrarse, es ir dejando un poco del YO en la vera de todos los caminos: es nunca encontrarse, es amar cada piedra conocida, cada árbol caritativo, cada fuente dadivosa. Es ir sembrando el alma a lo largo del mundo; es ir hipotecando el cuerpo al préstamo de la tierra ..

Tienden las rocas sus brazos de descanso; los placeles de las pendientes invitan a la quietud; las cabañas ofrecen su secreto para el reposo; pero, el arriero mira el sol que declina y apresura la marcha: más allá, más allá, más allá.

Valles, oteros, llanuras, pueblos y senderos. Andar y andar: maldición divina que nunca se alzaré.

La amada de ayer queda ya lejana. Con el alba se perdieron los tibios brazos: amor que se aparta es ilusión, es venda que oculta el dolor del peregrinaje. Amor que se aleja es también chispa que enciende otro amor.

Amor lejano que se olvidará a la tarde; amor que se

olvidará con otro amor que espera. Amor de la mañana, triste amor que desgarró; amor de la tarde, nueva flor que se abre a la caricia.

Valles, oteros, llanuras... Dolor, cansancio, recuerdo y olvido que luchan.

Vuelven las mismas cosas, vuelve la obsesión: caminos, ríos, colinas. Hombres que se cruzan llevando a cuestras iguales cargas de jornadas inconclusas. ¡Cuándo vendrá la luna!

El viajero se adelanta y sabe ya lo que pensarán los moribundos. El largo recorrido que habrá de hacerse para dormir eternamente.

El viajero espera esa noche de luna que alumbrará el postrer camino.

Todos debemos esperar una noche de luna para el viaje eterno: el beso blanco del Amor que no termina.



Carpintero

*El Amor ennobleció tu tarea: Jesucristo, el Carpintero.
Porque miro tu obra, carpintero, en todo cuanto nos
rodea, te bendigo.*

Porque miro el cieloraso, te bendigo.

*Porque te recuerdo en los cofres que guardan los te-
soros.*

En los instrumentos que alegran o entristecen.

En el báculo de los viejos.

En la cuna de los niños.

En la ventana en que se acodan las amadas.

En la puerta que golpean los mendigos.

En la mesa en que tomo el alimento.

En la silla donde borda mi madre idolatrada.

En el juguete que alegra a mis hijos.

*Porque te recuerdo en la Cruz en que murió el Reden-
tor, te bendigo, carpintero.*

Compón el árbol, carpintero; el árbol que ya no será capitel del bosque; compónlo para morada y cobijo contra el sol y contra la escarcha.

Música triunfol la del escoplo y la sierra. El ambiente se inunda de olor a cedro, de fragancia de ébano.

Llegaste con tu obra, carpintero, a los dinteles palaciegos.

A las torres donde cantan regocijos o lloran ajenos dolores las campanas.

A manos de princesas.

A la consagración de los obispos.

A la mesa en que te escribo estos poemas.

A la cuna donde se agita una vida rosada.

Al sepulcro donde se aquieta una vida rendida.

Por donde pasaron tus manos pasarán otras que gozarán de tus fatigas.

He tomado entre mis dedos una viruta. La he estrechado contra mi corazón y ella me ha dicho:

De tus ilusiones.

De tus tormentos.

De tus silencios.

De tus amores.

La he apegado a mis labios y un agridulce sabor a trabajo ha quedado gustando mi lengua.

La he tocado en mis sienes y un canto interior ha inundado mi pensamiento: el del trabajo. El alma de los árboles bendecirá manos y frente del obrero.

El carpintero ha visto como amé la viruta y me ha dicho:

Nó es mi obra...

Otra vez vió que a los umbrales de su casa llegó un peregrino y dijo:

Calienta tu cuerpo al fogón: allí se queman las virutas: no es mi obra

—Es, repuso el peregrino, la fatiga que se retuerce, es el alma de los troncos. Verás que las virutas pueden un día reventar en rosas a tus plantas. Ama todo cuanto brota de tus manos carpintero. Y atiza también con tus buenas obras el fuego de tu corazón: entonces verás como reviertan las virutas en rosas a tus plantas.



Peluquero

Chirrían las tijeras partiendo en dos el perfume. En las manos pulcras, privilegiadas, ágiles y lisas hay la sensación triunfal de haberse posado en blondas cabelleras, en testas coronadas, en lindas cabezas de hermosas inaccesibles y en sienes soñadoras de poetas. A donde apenas llegaron los demás con la vista ávida, llegó el peluquero con sus manos mariposas. Las tijeras, las tijeras rápidas, como dos alas pequeñas de acero que cortan y embellecen, dicen de la dulzura de volar sobre cabezas áureas o canelas. Pasan por las respetables cabezas de los sabios y temen herir la majestad de las canas. Se destizan por la frente de los niños. Recorren por los cuellos ebúrneos de princesas encantadas y un sádico deseo de guillotinar y bañarse en

sangre tibia estimula su filo invisible de criminalidad en potencia.

Quisieran clavarse en las mejillas rosagantes o en las frentes azules; quisieran quedarse hundidas en los cuellos pulcros y suaves, palpitando a la armonía de la sangre que vibra interiormente; quisieran zafarse de las manos del artista para cumplir la ilusión de identificarse con la carne que apenas besan. Y odian las manos, odian los dedos que las sujetan y permiten sólo mirar el manjar que nunca han de gustarlo.

Quisieran, anísan, esperan y...se duermen, al fin, anestesiadas por los aromas.

El Peluquero: Habéis de ser fieles a la acción de servir.

Las Tijeras: Queremos recompensa.

El Peluquero: Debíais cultivaros al contacto de las frentes nobilísimas.

Las Tijeras: Somos de acero.

El Peluquero: Os habéis cubierto de esencias

Las Tijeras: Nos ahogamos, sin embargo, en desinfectantes.

El Peluquero: La vida de todas las cosas tiene dulzuras y sinsabores.

Las Tijeras: Egoísta eres, peluquero.

El Peluquero: ¿Por qué?

Las Tijeras: Sienten vuestras manos el placer de acariciar rizos; nosotras, únicamente los cercenamos.

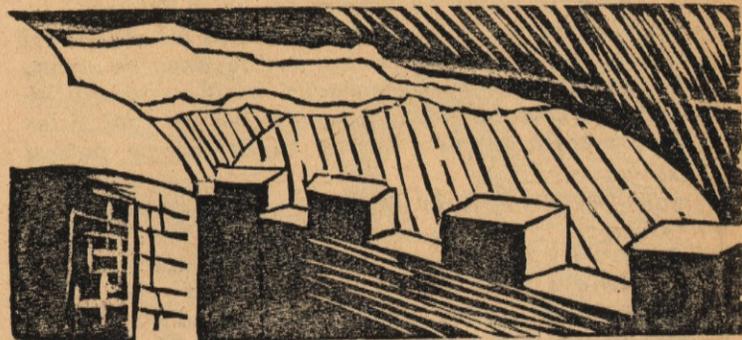
El Peluquero: A cada cual ha tocado un sino en la vida.

Las Tijeras: Protestamos y rechazamos las prerrogativas.

El Peluquero: ¡Anarquistas!

Mira el peluquero sus manos y en su cuenca delicada repasa la lección de ser noble. Postulado escrito con aromas, con cabelleras niveas, con pureza de frentes donde revienta el pensamiento en perlas; escrito con ilusiones que pintan caminos azules en los párpados; escrito con ensueño de niños, con amor de doncellas: dulzura, nobleza, candor.

Las manos del peluquero cantan el poema de lo noble; aquél de estar en cotidiano contacto con los crisoles de la idea.



Albañil

Son las bóvedas y las naves y las murallas; son los capiteles y los belvederes y los plintos. Es la obra de la ciudad y del campo; es el cimiento duro que siente el peso de las construcciones, como siente el albañil el peso de la vida.

Es el dique que contiene la corriente; es el desagüe que se traga los secretos y las miserias humanas y es también la cúpula y es también la solana y son todas las cosas en que quedó vibrando la cotidiana tarea, los que bendicen al obrero de la piedra y de la cal.

Piedra y cal. Piedra que es silencio, piedra que es tiempo y es peso y es cimiento.

Cal. Cal que junta esos silencios, que hilvana esos tiempos, que estrecha eternidades.

Piedra y cal que comparten la vida del obrero; piedra y cal que se acercan para enjugar las lágrimas del artífice; piedra y cal que brotan en páginas de siglos, que

se identifican con la constancia. Piedra y cal: retos a la inclemencia del vendaval. Piedra y cal, alma y cuerpo del silencio.

Llora el albañil por lo hermético de sus obras. Las líneas severas y duras no aceptan la lírica del arte.

El ladrillo muere con sus dientes romos los dedos del obrero; la cal corroe las manos y en la línea de la vida deja sus granos—horas robadas a la existencia amarga. Y entra su polvo atosigante por los ojos y las narices; y entra su acre olor a tierra muerta por el fuego.

El albañil que llora: Te ruego ¡oh piedra! ablandes tu dureza.

La piedra: Es mi vida. Moriría al complacerte.

El albañil que llora: He de morir entonces.

La piedra: Eres injusto. Gloríate en tu obra.

El albañil que llora: No te entiendo.

La piedra: Vivirás en mí.

El albañil que llora: No te entiendo.

La piedra: Vivirás en mí.

El albañil que llora: He puesto en tí mi alma. Te he poseído con mis manos, con mis ojos: eres mía ¡oh piedra dura! Oyeme.

La piedra: Por eso vivirás en mí. Mi dureza te hace bien. No llores, padre.

El albañil que llora: Me desobedeces.

La piedra: Te compadezco. No llores: tus lágrimas me hacen daño. Crecerán los helechos y me cubrirán, ocultarán tu obra.

El albañil que llora: Desfallezco.

La piedra: ¡Nó! No puedes morir. Mi corazón que es tuyo está palpitando y se abrirá un día para ostentar al futuro cómo trabajaste.

El albañil que llora: Voy a morir.

La piedra: ¡Nó! Vivirás en mí.

El albañil que llora: Ya no puedo más.

La piedra: No puedes morir. Vivirás en mí: tu obra es eternidad, es desafío a los siglos, es perennidad labrada con tus manos, acariciada con tu espíritu, modelada con tu corazón. No llores: ¡vivirás en mí!



Sembrador

Se dilata el alma en la apacible vida del campo. De vivir el Dante hubiera dicho que a Reymont le guió Virgilio por los paraísos del Verano, del Otoño, del Invierno y la Primavera.

Va el sembrador robando crepúsculos al cielo, recibiendo el regalo del paisaje en las retinas, repasando lecciones en la amelga fecunda y negra, prendiendo luminarias a Ceres.

En los oteros ágricos o en los alcores floridos asoma su cabeza empolvada en greda; el viento jugó caprichos en su cabello rebelde; y en las sienes el beso del agro dejó huellas que engarzan perlas de sudor.

Vestido de limpieza, de vendaval y de altura, el sembrador es el decálogo del trabajo.

Disciplinado con la voz de los días y las noches, que cumplen el más preciso de los horarios, ha hecho de su

cuerpo obediente esclavo a los mandatos de su conciencia que es reloj que marcha con el sol.

Con la luz acepta el reclamo de la tierra; con las tinieblas recibe el regalo de las estrellas.

Con el día vienen las realidades del fruto; con la noche llegan las caricias de la esperanza.

Con la conciencia se acercan las promesas de la semilla; con el olvido se pierde el dolor de lo que no nació.

Con la vigilia abraza la tierra labrantía; con el sueño se acuesta en el regazo del suelo que es el que lo mece contándole poemas de maíz.

Despierto, ama; dormido, es amado.

Despierto ofrenda el vigor de sus brazos; dormido recibe los dones de la panoja dadivosa.

Y así, el alma se santifica en el crisol de las horas; y así, el corazón se hinche de bondades; y así, el cuerpo se satisface cumpliendo el dictado de la tierra y el cielo.

El sembrar es un halagüeño vivir.

Es un eterno soñar.

Es un esperado morir.

Es un continuo esperar.

El sembrar es un constante florecer; un perenne recibir; un diario convertir manos y corazón en frutos rojos y en mieles doradas.

Sembrador de la campiña, siembra a la humanidad a que florezca purificada y buena.

Atisbador de horizontes, enseña en el campo la ética esperada.

Anunciador de primaveras, convierte el agua y los bosques y los pastizales y las albercas en cátedras de regeneración.

Sembrador de la campiña, que gustas de saborear historias bajo los aleros de paja tibios, volved el mundo a la inocencia del campo

Sembrador de la campiña, enseña la majestad de los collados y los ritos de las noches estrelladas.

Sembrador de la campiña, salva a la humanidad desorientada y perdida.

Siébrala en el campo y duerme hasta que florezca purificada y buena.



Lavandera

En sus manos, los coloquios del agua.

En sus manos, el espíritu de la frescura.

En sus manos, también la miseria humana.

Manos de caridad, manos de perdón, manos del milagro de transformar las vergüenzas en nuevos prestigios.

Colúmbrense semejanzas entre los oídos del confesor y las manos de la lavandera: alquimistas del oprobio; bondadosos alquimistas que renuevan la vida, que truecan el deshonor, que cambian la ignominia por honra, por tesoros blancos, por riquezas de lo limpio, por joyas de lo puro, por perlas de optimismo.

Va la lavandera llevando a cuestras la pobreza del cuerpo, llevándose las lacerías del prójimo a echarlas en la corriente eterna de los ríos que sepultarán en sus arcanos la afrenta de la vida.

En los lienzos se van huellas de existencia.

Se van gotas de llanto.

Se van jacillas de besos.

Se va el dolor, va el amor: restos de vidas que se fueron.

Manos de lavandera, manos amigas del agua, de las piedras, del sol y del viento.

Manos por las cuales pasan las sombras de dolores y placeres.

Manos que recorren las tristes historias de todos los seres.

Pasa el dolor por sus dedos caritativos y luego danza en sus yemas el verso de lo impoluto.

*Canta lo blanco,
canta lo blanco,
canta lo blanco,
canta lo blanco.*

Lo blanco, lo níveo, lo blanco, lo níveo, lo blanco, lo níveo.

Ante los ojos de la lavandera hay sólo un gran telón blanco: blanca la ropa, blanca el agua, blancas las piedras y los árboles y el lago y el cielo y la tierra.

Blancas sus manos, blanca su alma, blanca la vida que retorna a los lienzos.

Los torrentes son perlas; granizo, la lluvia; nieve, los campos; leche los ríos: todo es blanco, hasta su alma que llora, perdona, olvida y consuela.

Fué la lavandera llevando a cuestras la pobreza del cuerpo.

Regresa la lavandera trayendo en su cabeza una corona de pureza; una guirnalda formada por el agua y el viento; un halo immaculado con que premia al hombre que confesó su desgracia.

Moneda de plata que viene llorando emociones; círculo argénteo que trae candores de niño; testa sin mancha que simboliza una vida que empieza.

Coronada de obra buena, recompensada con el emblema de lo puro, se acerca la lavandera a cambiar su milagro con un poco de pan y llevarse otra vez la pobreza del cuerpo.

Lo blanco, lo níveo, lo blanco, lo níveo, lo blanco, lo níveo. Hasta que otra vez en sus manos tienta la miseria humana, la gran miseria humana que ha de morir en el chasquido de una ola.



Costurera

¡En el dolor íntimo que va picando la aguja, cuántas veces se habrá herido la emoción de Penélope!

Cuántas costureras habrán sentido el mismo axioma clavado como un dardo en el corazón; cuántas veces se habrá pensado en el imposible de terminar un velo para que el alma saliese a flor de mundo a volcarse en otra alma comprensiva.

Mientras las manos diestras y ágiles unen lienzos, el pensamiento recorre largos caminos de añoranza; mientras los dedos pulcros y delicados besan la finura de sedas y púrpuras, el espíritu, alejado del taller, hiende sus alas en los límites espacios de la ensoñación; mientras la magia de la moda consigna detalles que han de servir para resaltar la carne voluptuosa de las doncellas, el cerebro de la artista compone poemas que no acallarán su grito irredento, su voz de reclamo, su

voz compuesta con letras negras, heridas y amargas; su voz que pide el final remoto de la propia felicidad.

Caen en silencio lágrimas de pena, lágrimas que son brillantes mientras tiemblan en los párpados y que se transforman en manchas sobre la invisible trama de las sedas. Con estas joyas, que no compra el tráfico de las bellas, se adornan más que con aciertos de tela los vestidos magníficos.

En el hilván se esconde un dolor, un jirón de vida asido al fino hilo de la costura imperceptible. Hablarán de esta tragedia los ropajes, hablarán cuando lleguen a la vejez, cuando lleguen a esta verdad en que se truecan todas las cosas que tienen adentro semilla de pesadumbre. Cuando el guinapo avergüence la piel florecida, cuando sea arrojado por la mano indiferente al rincón oscuro de los andrajos; cuando ya no pueda ser caricia sobre la carne fragante y madura, entonces, sólo entonces repasará el verso a las manos y al corazón atormentados de la costurera.

Y se consolará porque también la carne fragante y madura será un día olvido de tumba; porque la piel florecida y tersa será deshecho de sepulcro.

Las cítereas del siglo presente caerán también en el pozo de lo incógnito; caerán porque en sus hombros sembró contagios de amargura y de muerte la urdimbre de los mantos.

La otra, la de Milo, la de la eterna gracia, paseará su belleza por los siglos de los siglos, porque no hubo brazos que formasen pliegues de seda efímera sobre su poema de carne.

Germínará la venganza, nó la de las artistas que ornamentan con perlas de sus ojos las sedas—son buenas y humildes—; sino aquella del dolor que existe en todo lo creado, en todo cuanto vino con los hombres, rodando en desprestigio, desde el Edén Genesíaco al Erial del Pecado.

Todo esto dicen, sobre todo, las horas vividas en las largas noches de trabajo.

Cuando el frío corta el cuerpo, como cortan, inmisericordes, las tijeras pantagruélicas los linos.

Cuando el sueño es un dolor que muerde los párpados. Cuando el silencio levanta retablos de miedo y soledad. Cuando la vigilia dolorosa extiende tentáculos de tisis en el cuerpo fatigado.

Cuando el llanto abona el corazón para la siembra de tragedias.

Cuando el mundo con la voz de su negro silencio insulta al derecho de la tregua.

Cuando quedan las manos rendidas sobre el regazo y la boca, con el rictus de la miseria floreciendo en pétalos oscuros.

Cuando se agranda la herida que nunca restañarán los níqueles de la moda ni las monedas del lujo.

En las vigiliass, en las vigiliass largas, oscuras y frías; en las vigiliass frías, oscuras y largas; en las vigiliass oscuras, largas y frías que nunca hilvanarán placeres ni descansos.



Orfebre

Cellini reclama la perfección de las filigranas, de los repujados, de los relieves.

Al fondo del crisol se percibe una voz: Soy bueno y puro; cristalino como el agua, resplandeciente como el sol; pequeño e inapreciable; codiciado por todos y entre los demás, único. Hombres que me veis y me amáis, imitadme; haced de vuestro pecho el foco iridiscente de la virtud.

—¿Quién eres?

—Soy la Pureza.

—¿Quién?

—El Brillante. ¿Verdad que soy bueno, cristalino e inapreciable?

—Verdad

—Imitadme ahora: sed puros y resplandecientes.

Al fondo del crisol se percibe otra voz: Me engarzo en el oro de más subido quilate; soy objeto de caricias y cuidados femeniles y tiño de esperanza las blancas manos y los inmaculados cuellos. De la Naturaleza tomé el inofensivo color en que descansan los ojos; en mí danzan en verso la campiña y las pampas; en mí traza alegorías la primavera y levanta emblemas la soñadora juventud; en mí nace el optimismo y tiene su símbolo una

virtud teologal que permite sufrir las asperezas del camino de la vida.

—¿Quién eres?

—La Esperanza.

—¿Quién?

—La Esmeralda. ¿Verdad que encierro el optimismo, la esperanza y la primavera?

—Verdad.

—Imítadme ahora: no os dejéis desalentar.

Al fondo del crisol se percibe una tercera voz: me contagié de vida: en mi pureza cayó, como un baño de consolución, la ardiente sangre que anima a todos los seres. Y vibro y alimento y mantengo la actividad de todos cuantos erramos por las sendas de la tierra. En mí tiene una alegoría el color más intenso, aquél que es fuego y es amor y es vuelco del mismo corazón. Soy bueno y espero que me imite todo cuanto es animado.

—¿Quién eres?

—La Vida.

—¿Quién?

—El Rubí. ¿Verdad que tengo la sangre que anima, el fuego que calienta, el amor que ensalza?

—Verdad.

Imítadme ahora: vivid para servir, vivid para ser útiles y apreciados. Que el amor sea caridad y consuelo.

Auri faber: en el cofre en que se guardan las más preciadas joyas, se repite constantemente una enseñanza. La nobleza de las pedrerías ya es un dictado para la superación del artista.

Pureza, esperanza y amor que se engazarán más noblemente en el oro de la vida que los mismos brillantes, esmeraldas y rubíes.

Desde el fondo del cofre se oyen las tres voces juntas que claman: sed como un cielo estrellado.

—¿Quiénes sois?

—Las estrellas.

—¿Quiénes?

—Las virtudes. ¿Verdad que nos apeteceis, joyero?

—Verdad.

—Imítadnos ahora: en la pureza, en la esperanza, en el amor.



Chófer

En las retinas, la mancha eterna de todos los paisajes. El vértigo es el espíritu y el espíritu, el vértigo.

Los puntos de la tierra se juntan en aquel otro que está perfilándose siempre en los ojos.

No existen las distancias; las ciudades y los pueblos están allí no más, a la vuelta de un camino o detrás de un arbolado.

—¿En dónde vives, chófer?

—En el movimiento.

—Tu domicilio ¿dónde?

—Donde se detiene el carruaje.

—¿Tu amor?

En el presente.

—¿Cuál es tu presente?

—En las estaciones de todos los caminos, mientras duerme el motor.

La visión múltiple de tantos parajes traza líneas confusas en el subconsciente, como en una placa fotográfica que hubiera captado varias impresiones.

—Eres el millonario de la Naturaleza, chófer.

—Y de aquellos tesoros que nadie puede quitármelos.

—Almacenador de emociones, de color y de miriadas de gestos de la tierra ¿Eres feliz?

—Al fin soy el más propiamente dueño de todo cuanto recorro.

—Debería envidiarte.

—No, no.

—¿Por qué si nadie siente ni tiene lo que tú?

—Yo quisiera en cambio el placer de la quietud; gozar en lo pequeño y detenerme en la vida. Esto de acariciar tan sólo con la mirada volandera es un dolor incomparable. Al paso todo es igual. La miel de la gota paladeada en calma y la dulzura del detalle ahondándose en el pecho valen más que cualquier inapreciable conjunto. Mis tesoros son de un momento: al frente, en el parabrisa, seguirán por siempre escribiendo anhelos las curvas de todos los senderos.

—Me he engañado en tu suerte.

—El propio dolor es el más grave de todos los de los demás. Acepta tu destino, caminante, haciéndole sitio en tu alma y no mires el estado de gloria fingida de la apariencia. A veces pienso que sería ganancia cambiar mi vértigo con el éxtasis del peregrino que se detiene a mirar un peñón. Una mano que temblase al tomar un poco de tierra del camino o unos labios que se emocionasen al besar una hoja por el vendaval sacudida, guardarían mejores emociones que la mía, que ésta, grande e incontenible, que vuelca en el alma toda la Naturaleza en un segundo. Mejor será vivir con el retardo: amaría mejor las cosas y sería más dueño de ellas si viniesen a mí en la quietud. De golpe, sucede lo que con una estrella de colores en rápida rotación: presenta su estado blanco, neutro, indefinible.

—¿No eres millonario, entonces?

—No; erraste en el calificativo.

—¿De qué tesoros hablabas?

—De aquellos que nadie podría quitármelos porque... no existen sino en mi singular emoción. En ésta que dejan los paisajes, que dejan los lagos y los valles y las colinas y los ríos y las rutas sin fin. Y en la enseñanza intransmisible de todos los pasajeros que conduzco. ¡Ah la lección, la dura lección que dejan los hombres de todas las edades, de todos los temperamentos, de todas las cualidades buenas o malas! Cátedra de enseñanzas psicológicas, curso intensivo de conocimiento de caracteres humanos: acervo de realidad sacudido siempre por el vértigo, por la disciplina de seguir con los ojos y el corazón mil y mil veces la forma de los mismos caminos.

Por eso en las retinas, la mancha eterna de todos los paisajes.



Voceador

*Disparados por el alba vocinglera van los diminutos
servidores del desayuno impreso.*

*Aun antes que el sol derrame sus oros en el lento bostezo
de la urbe, la voz del anunciador deja vibrando
reclamos en las calles dormidas.*

*Voceador: La guerra extiende uñas voraces a nuevas
naciones.*

El Eco: Vermelloooón.

Voceador: La muerte ahoga la vida de un genio.

El Eco: Negrooooo

Voceador: Exploradores encuentran tesoros inmensos.

El Eco: Amarillooooo.

Voceador: Las trojes se llenan de pingües cosechas.

El Eco: Verdeeeee.

*Voceador: La ciencia descubre magníficos horizontes pa-
ra la vida del hombre.*

El Eco: Azuuuuul.

Voceador: Huracanes y sismos azotan los pueblos del Este.

El Eco: Violetaaaaa.

Voceador: El verano destruye pastos y trigales.

El Eco: Griiiiis.

Lo rojo, lo negro, lo verde, lo azul, se desprenden del iris y van dejando diversas emociones en los oídos del mundo.

Los rayos del sol lanzan a la tierra la policromía hecha luz. Y la luz trae el recuento de todo cuanto sucedió en el orbe.

Y se vende la noticia, y se publica el comentario, y se sirve en la mesa blanca del papel el manjar agridulce de los sucesos que se vienen de galpe.

Se multiplican los canillitas por todas las calles y plazas. Cubriendo apenas sus ágiles y enjutos cuerpos con telas que tuvieron color un día, venden el trabajo de cerebros atormentados.

Sencillos y gárrulos, atraviesan avenidas y parques. Ellos no saben del dolor que entre líneas se encierra; ellos no saben del esfuerzo mantenido de día y de noche; ellos no saben lo que venden; pero, saben de la tragedia de un níquel perdido, de la desgracia de un centavo que falta a su fortuna de cuartillos.

Porque con ellos comerán a la tarde.

Porque con ellos comprarán un lápiz.

Porque con ellos llevarán a su madre un remedio y un pan.

¡Oh cuántos anhelos se satisfacen con tan pocos centavos!

Y, en cambio, hay heridas que no se restañan con millones.

La felicidad pequeña es la más grande felicidad.

La policromía del noticiario se confunde al fin; se forma lo gris y, derrepente, como noche sin crepúsculo, nace en el pecho del voceador la noción de la vida: a

bandona la amistad de la madrugada, se aleja de la caricia de la aurora, ahoga su voz de pregón y se resuelve a vender su propio trabajo.

Lo rojo, lo negro, lo verde, lo azul se desprenden del iris para diluirse en grisalla de sendas más propias, más hondas, más tristes y más amargas...



Panadero

*Porque fué el trigo áureo y bueno se pregona el pan
en las mañanas.*

Porque las espigas encierran el beso del sol.

Porque los granos guardan oraciones de brisa.

Porque la harina se forma con brillantes de llovizna.

Porque del campo trajo la pureza.

Porque del cielo copió su candor.

Porque de las nubes robó su blancura.

Porque de las estrellas recibió sus oros.

Porque de la luna imitó su azul.

Porque de las mañanas tomó su frescura.

Porque de las tardes llevó su calor.

*Porque es del campo—crisol de los hombres y las cosas—
Nuestro Señor tomó el trigo para realizar el milagro
de la transubstanciación.*

El Hombre: ¿Qué anuncias, alba dorada?

La Voz que anuncia: Un bocado de bien.

El Hombre: Tengo hambre.

*La Voz que anuncia: Lleva a tus labios un pedazo de
consolación.*

El Hombre: ¿Con él podré traer a mi alma el sosiego que ansía?

La Voz que anuncia: Serás feliz. Se regenerarán el alma y el cuerpo tan sólo con una migaja.

El Hombre: Véndeme tu fruto.

La Voz que anuncia: El no se vende.

El Hombre: ¿Dónde podré conseguirlo?

La Voz que anuncia: Sobre el mantel del alba

El Hombre: ¿Cómo?

La Voz que anuncia: Pagando con virtudes.

El Hombre: ¿Cuál?

La Voz que anuncia: La del amor.

El Hombre: No he amado jamás.

La Voz que anuncia: Lleva la mano a tu pecho.

El Hombre: Ya.

La Voz que anuncia: ¿Qué te falta?

El Hombre: Calor.

La Voz que anuncia: Ve al Banquete antes que sea tarde. Mi eco se perderá de pronto y no habrá quién te recuerde...

El Hombre acudió al Banquete, mientras se hizo el silencio en el aire.

Mientras se hizo el silencio en la conciencia.

Mientras alas de plata se plegaron alentando el corazón.

Mientras se apagó la dulce voz interior, el pregón de la mañana seguía aspergiando reclamos.

Mientras murió la palabra del espíritu, surgieron mil lenguas de llamada, anunciando también el manjar para el cuerpo.

El Hombre: ¿Qué anuncias, hermano?

El Panadero: Un jirón de campiña.

El Hombre: He tomado ya el bocado del bien.

El Panadero: Toma de éste también, que es de blanca y escogida harina.

El hombre tomó también el pan de blanca y escogida harina y, abrazando al obrero, lloró, le bañó con su llanto de fe, esperanza y consolución y le dijo:

—Con el milagroso trabajo de tus manos has ennoblecido mi alma y has reconfortado mi cuerpo.



Gobetero

Pájaros de colores en el cielo.

Pétalos cromados que brotan y mueren en la inmensa esfera

Se atavía de luces la bóveda celeste.

La reina de la noche sacude diamantes y el espejeo de las joyas labra filigranas de plata.

La reina cruza el espacio y en el camino de lo alto parpadean huellas de zafiro.

Flechas doradas se lanzan llevando coronas a las cúpulas del ensueño.

En las torres que cantan y sonríen se hace un derroche de pedrería policromada.

La pirotecnia arroja centellas de luz efímera.

El fuego sólo consume la emoción de la feria.

La lengua flamígera calla el tormento de su fracaso de incendio.

Porque la luna se ha encumbrado a las nubes

Porque las estrellas burlan la terrenal audacia.
Porque el manto de la reina es de fugaces estrellas.
Porque los pies de la noche tienen alas de niebla.
Porque los ojos de los astros están guardados con halos luminosos.

Y queda el artificio a flor de tejados.
Y queda el milagro fingiendo cielos en la tierra.
El pirotécnico juega con meteoros y rayos.
Convierte sus dedos en pinceles que doran.
Y tiene reunida en la cuenca de sus manos la gracia suprema de todas las luces.

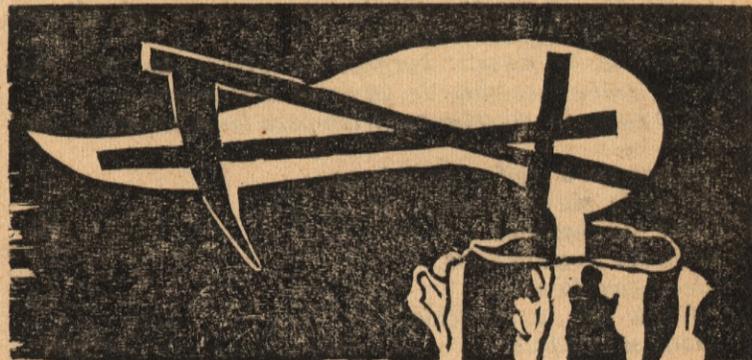
El sabe secretos de sol y de luna.
Con el oro y la plata que robó a los planetas, miente celajes, simula crepúsculos y presenta hechizos de aurora.
Artista de la cuádruple emoción: levanta castillos con arquitectura de luceros; consigue claroscuros con paletas relucientes; escribe poemas con ritmos de color y canta con el arpegio del reventar de corolas.
Sin embargo tiene las manos manchadas de carbón; en sus manos queda el recuerdo del capullo que murió; el recuerdo negro de la pavesa que fue durante un minuto irradiación y goce.

Con su tristeza compone alegrías.
Con sus negruras hilvana placeres.
Con la pólvora y el carbón dibuja estrellas.
Con polvo de minas levanta constelaciones.
Con la ceniza de todos los incendios mezcla el licor de sus anhelos.
Con la huella de la chispa, que fue oro y luminaria, señala su corazón para que estalle en efluvios claros y rutilantes.

Y al fin, todos los oros y las luces y los colores y los besos de fuego, dejan en la piel efélides perennes y ardientes.

Es el obrero que se quema las manos y el espíritu; es el obrero que se mancha al ofrecer pájaros de colores y pétalos cromados.

Sufre y vive el revés de los placeres con que obsequia.



Ataudero

Enfermo de negrura.

Abruma la noche que surge de las manos.

Melancolía que brota de los dedos.

Negra enfermedad que viste de sombra todo cuanto es fabricado.

Atáudes, atáudes estrechos y amenazantes; lecho eterno en que se encontrará la incómoda comodidad en el final. Último acomodo para la insenescencia ultraterrena. Respira la muerte, respira la muerte y su hálito se llega con olor de cirios y de olvido.

Chisporroteo de cirios: palabras de congoja en término indeclinable.

Chisporroteo de cirios: verbo en modo imperativo que destruye todas las hipótesis humanas.

Chisporroteo de cirios que repite el mismo, el único

vocablo que comprende el léxico de la materia finita.
La muerte tendida en el sarcófago; la muerte sin garras y sin ojos; sin carne y sin movimiento; la muerte como aire colado en las hendiduras de la caja; la muerte negra, la muerte oscura, como un telón sombrío que oculta el paraíso de los blancos bienestares,

La muerte, la muerte: artista que reclama el abrazo rectangular de cuatro tablas.

La muerte, la muerte: burgués que ofrece la paz, esa paz—tesoro a cambio de un árbol destrozado.

La muerte, la muerte: anfitrión para todos los hambrientos.

Médico para todos los dolores.

Alimenta sin banquete.

Sana sin remedios.

Contesta con silencios.

Llena con la nada.

Afirma con la negación.

Mata sin puñales.

Conduce sin vehículos.

Vuela sin alas.

Convence con la negación.

Y cambia y trastorna y confunde con el misterioso dictamen de lo eterno.

La muerte sin garras y sin ojos a nadie hiere: tiene olor a incienso, suavidad de brisa, dulzura de amante, satisfacción de tormento ido, placer de dolor que no vuelve.

Le place que se ornamenten los salones, que se llenen de luz los aposentos, que se le haga silencio, que se le ofrezcan oraciones, que lloren las campanas, que no se le deje sola, que no se la abandone, que se ocupen todos los puestos, porque ella, la muerte, es un aire imperceptible en las hendiduras del sarcófago. Que no se la deje sola porque es cobarde.

La muerte juega, la muerte danza, la muerte zigzaguea entre los dedos del ataudero

Abridle las puertas, llenad de flores los retablos, cantad el triunfo de Dios que llega como un ósculo de consolación, como un suspiro de caridad a levantar el telón

sombrío que ocultaba el paraíso de los blancos bienestares. No le temáis.

Trabaja el ataudero el único ornamento que necesita la muerte para su prenda raptada. ¿No veis cómo el ataudero le sirve con solicitud y reverencia?

También es como un aire imperceptible. Es un silencio que se mueve, es una oración vuelta sombra, es un olvido que se pierde cual un pétalo funerario.

Es la primera cruz que se tiende sobre el fenecido; es la primera cruz que se traza cuando el ataudero prende el sudario sobre el pecho quieto y la frente inmóvil.



Aserrador

*Dientes, dientes finos, grandes, hambreados.
Dientes de acero enormes, lascivos, que se hunden cru-
jiendo en la blanca carne de los árboles caídos.
Brazos. Brazos fuertes, nervudos, potentes; brazos de
atleta, musculosos, invencibles; brazos que mueven la
sierra voraz que parte los troncos.
Espaldas. Espaldas anchas, vigorosas, incansables; es-
paldas de caupolicán en eterna reverencia de trabajo.
Frentes. Frentes amplias que comprenden tan sólo la
ciencia de la acción; frentes fecundas en disciplina,
premiadas siempre con los diamantes del sudor.
Torsos, bíceps, muslos, cuellos y nervios recios que desa-
fían la brasa del sol y el frío de la lluvia. Músculos
creados para vencer la fuerza de los árboles gigantes-
cos. Ante el incontenible empuje del aserrador se rinde la*

imponencia verde de los bosques. Ante el poder de esas manos, cae gimiendo la arquitectura inmensa de los cedros. Sin embargo, no alardean de poderosos.

Sin embargo, son sencillos.

Sin embargo, son humildes, porque viven mirando la tierra santa y el cielo claro.

El aserrador convive la bondad de la buena Naturaleza y de ella aprende a ser puro, a ser fuerte, a ser grande. Pero, hubo un día...

Hubo un día en que el aserrador durmióse sobre el aserrín. El polvo de los árboles muertos es el alma orgullosa de los bosques; el polvo quiso realizar una prueba con el corazón del aserrador. El polvo se levantó hasta los oídos del obrero y gritó su palabra de rebelión:—Soy quien fué vida, quien fué savia, quien fué ornamento de la tierra; me has vencido; mas, resucitaré un día sobre el polvo en que te convertirás también tú, asesino.

Oyó el trabajador la voz del aserrín. Abrió los ojos; todo estaba quieto y, en silencio, volvió a dormir.

Otra vez se movió el espíritu del bosque y esta ocasión no habló sino que, tomando la forma de un pájaro, desplegó sus alas blancas y se posó sobre la frente del soñador. De la frente tomó en su pico rojo el pensamiento del obrero y lo condujo a una ciudad.

A una ciudad, donde existía el imperio del odio.

A una ciudad, donde había sangre de víctimas.

Donde se pisoteaban jardines

Donde se había borrado el honor.

Donde no se podía ser puro, ni fuerte, ni bueno.

Abrió los ojos el aserrador y se contentó con seguir en el bosque. Levantóse, tomó una almorzada de aserrín y la arrojó al viento. En el aire una voz resonó:

—¿No quieres ir a la ciudad?

—Nó—contestó el aserrador.

El viento trájole el polvo a los ojos y quedó ciego el obrero.

—Mejor así, continuó el hombre—. No quiero ver la miseria: quiero morir en mi bosque.

Entonces, el polvo satisfizo la prueba y salió de los ojos y comprendió que el corazón del aserrador era bueno y dijo:

—No volveré a privarte de la vista.

—¿Por que?

—Porque no has delinquido; porque no has hecho sino cumplir con tu deber.

El aserrador siguió mirando el cielo y la tierra y, en el cielo y la tierra, el polvo escribió una lección de sencillez y de pureza,

Ojos, ojos limpios, ojos buenos, porque viven mirando la tierra santa y el cielo claro.



Tejedora

del

Toquilla

*Este será el poema al silencio de la noche.
Será el canto a la tristeza.
La ofrenda a las lágrimas en la soledad.
Al dolor que es el alma del tejido.
Los dedos repasan sus huellas en la hebra fina que se
pierde y aparece luego como con miedo de ofrecer en
venta la tragedia de sus manos. Se vende la amargura y
se vende la vida y se vende la salud.
Existencia, palpitación de un corazón atormentado es el*

que sale a las ferias, disfrazándose con la careta blanca del toquilla autóctono. Negras horas de soportar la obsesión del tejido, el crujir de las hebras, la docilidad de las fibras, son las que toman forma de prenda ornamental para las cabezas que acaso no piensan que se coronan con frutos de pena.

Frutos de exportación que crecieron al frío de las veladas huérfanas de pan.

Que se alimentaron con silencios de noche arrabalera. Que germinaron con lágrimas que trueca la soledad en oro reluciente para los comerciantes de la pesadumbre ignota

Tejedora del toquilla, tejedora de la propia penitencia. En la media noche hay sollozos y quejidos.

En el antro penumbroso hay guiños de muerte que intensifica el cirio amarillento y lóbrego.

En lo recóndito del aposento se ahogan reclamos de un niño.

En los ángulos de la habitación humilde se pierde el eco de los suspiros.

Y las paredes negras y las puertas herméticas y los cielos amenazantes se estrechan en empeñosa perversidad evitando la entrada de la luz, alejando el aire redentor de los pulmones desgarrados.

Cobijados de oraciones están los ruinosos tapiales.

Llorando ensueños que nunca anidó, la almohada del lecho pobre y endurecido.

La puerta que da a la calleja oscura, cruje al viento que se estrella entonando la canción de la imposible terapéutica.

Y adentro, arrodillada ante el candelero deficiente, está la tejedora, viendo con avidez el prodigio que integran sus manos.

Están unos ojos abiertos a la esperanza del pan de cada día.

Están unas retinas copiando eternamente la paradoja del toquilla.

Están unos dedos vibrando al milagro de las fibras del trópico.

Está un corazón, como un incensario, quemándose de

amor al rectilíneo trabajo y a la acrisolada acción.

La conciencia, ajena al vértigo del mundo.

Muerta la pasión para la pasión humana.

Purificado el espíritu al silicio de la pobreza que atormenta la carne.

Se alaba y se ama a Dios sin el deseo enfermo de los bienes temporales.

Se espera y se cree en el Premio Eterno.

Y por eso se sufre en el silencio y se inhibe en el olvido.

Tejedora del toquilla, tejedora de la propia penitencia.

Tejedora del toquilla, tejedora de la propia red que es claviza el cuerpo.

Tejedora del toquilla que vende su congoja a quienes a lardean de felices coronándose, sin saberlo, con frutos de pena y acíbar.



Sojalatero

*No fué en otro lugar que en este de mi tierra buena.
Fué aquí, en esta ciudad dormida.*

*Fué en la techumbre—plañidera de todos los inviernos—
creada la canción de la hojalata.*

*Arriba, pegada a los labios del tejado, la canal decía:
Encumbrada estoy para beber lágrimas de cristal.*

*Hice amistad con el cielo; las nubes guardan mis confi-
dencias.*

*Todo el día miro la pomposa marcha de los planetas.
Y el sol me besa con besos de amor.*

Y la luz me cubre con vestidos de colores.

*Y los crepúsculos roban el color de todas las cosas,
porque en la noche huelga el iris para el luto de los
mundos.*

Durante las noches contemplo el idilio de los luceros.
Las estrellas recorren sendas espléndidas,
Y los infinitos cuerpos siderales se abrasan en su pasión sin nombre.
Subí desde el fondo del subsuelo humilde.
Ascendí desde el antro de las minas oscuras.
Y de las manos del obrero, volé como un pájaro de alas de plata.
Para ser testigo del tiempo que pasa.
Para ser testigo de la acción de los astros.
Para saber las gracias de la luna y aprender cómo preparan huracanes los espacios.
Desde esta miranda encumbrada de los techos, río de la soberbia de los títeres que pasean y lloro de la desgracia de los pobres que se arrastran.
¡Qué condición tan noble me dió el trabajo de aquel obrero!
En los bordes de mi cuerpo se balancean las golondrinas.
Y en la cuenca de mi regazo tibio se bañan los jilgueros que vienen del trigal
Sobre mi ancha caridad brillante caminan las auroras.
Sobre mi dulce tibieza solitaria pasea el alba inmaculada.
Y mis labios besan las plantas perfumadas de los celajes áureos.
Plantas como de seda fina.
Como de diamantes cristalinos.
Como de querubines inquietos que vacasen en la tierra.
No fué en otro lugar que en este de mi tierra buena
No fué en otra parte que así cantaba la obra del hojalatero:
De la ceniza y del fuego; de las tenazas y martillos;
de las manos encallecidas y de los ojos cansados de mirarme salí a la vida que no la vive el obrero.
Quisiera darle un poco de mi paz.
Un poco de mi gozo.
Un poco de mi gracia.
Convidarle mi dicha de pureza.
Mostrarle el cielo desde mi balcón de cumbres.
Hacerle amigo grato de los velos de la luna.

Y volverle grande y tenerle a salvo de las zarzas del camino.

Cómo quisiera que sus manos fabricasen estrellas para añadir las al cielo inmenso; o más bien que robasen algunas para alumbrar de más cerca las distantes jornadas.
Hojalatero que a golpes modelas sus caprichos.
Hojalatero que al fuego vas creando maravillas.
Hojalatero, hojalatero, recorta unas alas de consuelo para mi corazón atormentado.
Recorta unas alas que asciendan esta vida que se arrastra
No fué en otro lugar que en este de mi tierra buena.
No fué en otra parte creada esta última canción de auxilios que yo la elevo.



Lustrabotas

No es la obsesión de los pasos que atormenta al zapatero.

Son cientos, son miles, son millones de pies que clavan su punta negra en los ojos del inválido o del adolescente lustrabotas.

En sus manos se convierte en vida el polvo de los caminos

En sus manos se restaura la obra de otro obrero.

En sus manos y en su pecho los pies de la humanidad suspendiendo el golpe del desprecio.

En sus ojos, suplicando luz, el puntapié altanero

Sobre la cabeza inclinada en reverencia de acción, se levantan los pies de los hombres para hollar el punto en que termina una jornada y comienza otra.

Tinta, tinta negra que señalará pinceladas de viaje en el pavimento de todas las calles.

Tinta, tinta negra que paseará su duelo eterno a lo largo de todos los caminos.

Tinta negra que manchará las manos y la frente de los eternos arrodillados.

De los empequeñecidos.

De los adueñados de plazas y portales.

*De aquellos que plantan su taller de limpieza donde sue-
na un níquel.*

*De aquellos que ganan el pan levantando los ojos al
cielo.*

*De aquellos proscritos que se pasan hincando las rodi-
llas como en perenne oración.*

*De aquellos labradores de centavos que viven como im-
plorando a las plantas de todos los viajeros.*

*De aquellos que se abrazan y lloran a los pies de to-
do peregrino.*

Tinta negra que teñirá los dedos ágiles y enjutos.

*Tinta negra, negra, muy negra que servirá de mejor
contraste para el brillo de la moneda bien ganada.*

*Obrero de la monotonía de ennegrecer, de la obra que
va dejando notas de elegancia, de la obra que se repite
y para la cual la ciencia nos presta nuevos instrumen-
tales.*

*Prendidas las manos manchadas a las prendas relu-
ciantes.*

*Inclinada la cabeza y fijos los ojos que, en el golpe de
luz del artefacto, no ven la acción mecánica.*

Ven paisajes que se suceden en infinitas policromías.

*Ven celajes miríficos que se cambian cantando epifa-
nías al azur.*

*Ven pájaros que describen paréntesis de libertad en el
claro cielo.*

*Ven la armoniosa perspectiva de las copas de los árboles
y las cimas de las montañas violáceas.*

*Ven todo ese mundo de belleza, pasión y candor en la
gota de luz que deja la tinta negra.*

*Y viven su ensueño de un segundo; su espíritu se extasía
en los primores que finge la naturaleza subconsciente,
hasta que la vida rompe el misterio blanco y trae a la
realidad del trabajo que muerde el corazón.*

*Hasta que la caída de un níquel misérrimo describe un
círculo de avaricia en la cuenca negra de las manos.*



Calabartero

*Su oficio encuentra la filosofía y apogeo en los siglos
pasados.*

*Cuando los caballeros se identificaban con la espada sus-
pendida en los talabartes magníficos*

*Cuando las caballerías cifraban su fortuna en guarni-
ciones talladas.*

*Cuando los tiempos, los buenos tiempos idos y legenda-
rios, ostentaban cofres y bargueños cubiertos de pieles
hermosas*

*Cuando había que defenderse del azote del frío con
vestidos que fueron ornamento y orgullo de bestias.*

Para los viajes eternos

Para las marchas dolorosas.

Para las jornadas sin meta.

Para las luchas de escudo y de lanza.

Para las viviendas de antaño.

*Para los tiempos pretéritos en que no asomaba la in-
dustria del zinc y el cemento.*

*Más que para la civilización trabaja el obrero para el
primitivismo campero.*

Allá los arreos.

Allá los pretales.
Allá el correaje bien suelto y flexible.
Allá el indumento contra la escarcha y la lluvia.
Allá en el agro—de retorno al servicio—la piel de animales.

Transformada en decoro.

Convertida en estima.

Vistiendo de nuevo, vistiendo los cuerpos ajenos, cubriendo las carnes del hombre ceñudo.

De vuelta a la campiña azul y distante, se impregna el ambiente de su queja dovida:

La silla: Soy resto humilde de una vida marchita.

El corcel: Contemplo tu estado.

La silla: Me avergüenza de ser un cadáver.

El corcel: No es tuya la culpa.

La silla: Satisfago el pecado de otros.

El corcel: No hemos pecado.

La silla: ¿Por qué el castigo?

El corcel: Es sólo el destino.

La silla: ¡No! Hubo crímenes sin cuento en épocas remotas.

El corcel: Responsables serán otros.

La silla: Pero castigados todos.

El corcel: No entiendo.

La silla: ¡Maldición a la carne!

El corcel: Admiro tu ciencia.

La silla: Fruto del dolor.

El corcel: No sufras. Has trasmontado el valle de sombras y entiendes la vida.

La silla: He penetrado en la muerte. Me consuelas.

El corcel: Has ganado.

La silla: ¿Me envidias?

El corcel: Llegará también mi turno. Espero el final.

El diálogo en el valle es como un acto de consolación.

Del taller se vino la obra a vivir el nuevo periodo, trayendo en su forma la gracia donada por el artífice.

Es al fin un remedio, es al fin el único alivio el trabajo.

El trabajo que purifica y que transforma en decoro la etapa que sigue al dolor de vivir.



Encuadernador

Engárganse en el prodigio de la urdimbre las joyas del espíritu.

Pasan por las manos los tesoros que produjera el cerebro.

Vehículo para llegar al mundo, el artificio del encuadernador.

Agente que llevará a la luz el fruto del pensamiento.

Piensa el artista en lo que no pensaron las cabezas.

Piensa en que es necesario unir también con la cadena material lo que ya trabó la idea.

Y piensa en la participación que tendrán sus fatigas, las fatigas del silencio que recibirán monedas ganadas por la pluma.

Pasa la ciencia ante sus ojos.

Pasa el arte.

Pasa el amor.

Pasa la filosofía y pasan los dictados académicos; los triunfos del intelecto y también sus errores y pobreza.

Todo lo que pudo cosechar y crear la frente atormentada se zafa de las manos del encuadernador: joyelero oculto, don precioso ataviado con alas de papel.

Hojas y pliegos, hojas y pliegos, hojas y pliegos. Danzan ritmos las cuadernillas ágiles; un mariposeo dulce, como de millones de pensamientos alados, se percibe en el ambiente del taller; una sonrisa de tinta se plasma en los telares; suaves voces se escapan de las guillotinas insaciables y en las estanterías se cuaja el libro dócil que ha de darse todo entero al reclamo de los ojos.

Las páginas plenas de vendimia se ofrecerán en el banquete de la inteligencia; y la idea, limitada entre las letras del impreso, será el vértigo que rasgará nuevos horizontes en el cielo de otras concepciones; será la paloma azul que cruzará las sienas para batir sus gracias sobre el misterio gris de otros cerebros.

Mas, al saltar, deja en las manos del trabajador una huella negra, una huella de pesar, una huella indeleble que repite la sentencia del trabajo.

Dolor es vivir.

Dolor es juntar leyes o poemas.

Dolor es también recorrer las sendas de otros adoloridos.

Dolor, profundo dolor, es pasar por sobre el fruto madurado en la frente.

Dolor es tener en las manos el regalo del sentimiento.

Dolor es obligar a prueba material al producto que es todo espíritu.

Y es el sino y es el dictamen hondo y eterno: se callarán las ideas mientras trabajen las máquinas; se callarán abrazándose unas contra otras hasta poder salir a la vida y gritar con voz inextinguible la victoria de la meditación.

Dolor es saber que un momento el ruiseñor romperá la jaula para cantar al viento que llevará su eco a todos los confines.

Pájaro, vestido de cielo y amor, no puede quedar en cárceles, así sean de oro o diamantes.

Volará un día y quedará el encuadernador mirándose las manos desde las cuales se desplegaron unas alas. Y entonces llorará porque se irán llevando aún las cadenas con que quiso sujetarlas.

Vendrán otros pájaros y también volarán dejando aleteo de sorpresas

Y quedará el taller sin rumor de alas. El mariposeo dulce sólo repetirá que es dolor profundo vivir contemplando el vuelo de los ruiseñores.

Dolor es engarzar las joyas del espíritu.



Sastre

Para ocultar las vergüenzas nace el capricho de unos paños en las manos del sastre.

Cubre los defectos con artificios de telas en jirres. Los cuerpos que no aventajó Naturaleza disimulán sus formas bajo los pliegues y la trama.

Y en las calles se verá multitud de hechizos que pasean la elegancia que cubre miserias.

Al artista se debe el ascenso y el decoro.

A él se debe la gracia de disimular pecados contra la esmerada desnudez.

Miguel Angel: Aparta esos trapos.

El Sastre: No puedo. Estoy concediendo una merced.

Miguel Angel: Apártalos de inmediato: mi obra ha de demostrar la belleza de los cuerpos.

El Sastre: No todos la ostentan.

Miguel Angel: No se compara jamás la ficción con la maravillosa realidad natural. Quiero ver torsos y músculos y pechos y biceps formando el inapreciable conjunto que concedió la vida a los cuerpos humanos.

El Sastre: Busca modelos.

Miguel Angel: Aparta esos trapos. No peques contra la verdad ni la defiendas con míseros ornamentos. Estás defraudando la belleza.

El Sastre: Hago un bien.

Miguel Angel: ¿Por qué? El bien vino con la vida, con el aliento que infundió Dios al barro en el Principio.

El Sastre: Pecó el hombre y hubo de salir del taller. Fuera de él degeneró la forma. Hago la caridad de perdonar componiendo un cofre para las joyas que perdieron su valor por las culpas.

Miguel Angel: Las joyas deben estar fuera. Desnúdalas.

El Sastre: Algunas no tienen brillo ni valor.

Miguel Angel: ¿He de perder la línea que desfiguró el pecado? ¡No! Volveré al pasado y me recrearé en el recuerdo. ¡Adiós!

El Sastre: ¡Adiós!

En la conciencia del sastre se insinúan diálogos entre la verdad que porfia por mostrarse tal cual es y la imaginación que crea remedios de estética y de compasión. Teje el hilo caminos de novedad y de gracia.

Forman los hilvanes ingeniosas composturas.

Las tijeras realizan el milagro de los cortes correctos y precisos.

Y las manos, las manos compasivas juntan los trapos para evitar la visión de carnes y huesos ofensivos al ritmo de la forma.

Pero, otra voz, la voz de un maestro que presentara la certezas humanas, reclama de nuevo a los oídos del obrero:

El Sastre: ¿Otra vez ilustre plasmador de lo bello?

Rodin: Soy yo, amigo. Miguel Angel no volverá jamás. Pasó su tiempo, pasó él.

El Sastre: ¿Qué deseas?

Rodin: Que apartes esos trapos.

El Sastre: He dicho ya que pecó el hombre. Se deformó.

Rodin: Quiero verlo así. Es preciso desgarrar el corazón del mundo y presentar ante sus ojos el fruto de su ambición.

El Sastre: ¡No! Sería una crueldad.

Rodin: Más sería engañarlo. Que mire lo que es. Que mire lo que hizo de la belleza que Dios le dió.

El Sastre: Pero Dios mismo puso en mis manos el artificio de telas en jirones. Tengamos caridad. ¡Adiós!

Rodin: ¡Adiós! Haz un capricho de paños también para tus ojos...

FIN

OBRAS DEL MISMO AUTOR:

Leyendas y Tradiciones Orientales (cuento)

Chanita (novela)

El Bolsillo del Diablo (novela)

Conscripción (drama)

Yo sé recitar (versos para niños)

Eriteia (Poemas al Trabajo)